

David Foenkinos

Lennon

Traducción
César Aira



Con una asombrosa investigación a su espalda, y su peculiar sentido del humor, Foenkinos escribe una biografía única, con un Lennon que cuenta en primera persona su infancia, la compleja relación con sus padres, su primer matrimonio, la tormentosa historia de los Beatles, su amor con Yoko Ono y su filosofía de vida. Las palabras e ideas de quien decidió que el mejor modo de conseguir una reacción política era recibir a la prensa sin moverse de su cama, cobran, en esta época de crisis, una inusitada actualidad.

"Imagina otro mundo posible"

"Es la mayor historia de amor del siglo xx... Puede leerse como un antídoto a la falta de compromiso del ser humano."

David Foenkinos

—¿Tienes idea de lo que será para ti el «*When I'm Sixty-Four*»?

—No, no. Espero que seamos una linda pareja de viejos instalados en la costa irlandesa o algo así, hojeando el álbum íntimo de nuestras locuras.

(De una entrevista concedida a James S. Wenner,
1970)

Durante la escritura de este libro, no dejé de escuchar la música de John Lennon y de los Beatles. Esa música me acompaña desde siempre. El primer recuerdo fuerte de mi vida es el asesinato de John Lennon. Yo tenía entonces un poco más de seis años. La verdad de un hombre es extremadamente compleja. Y más aún en alguien que ha suscitado tantos comentarios. Lennon amaba los medios. No dejó de dar entrevistas, con versiones diferentes. Él también reescribió su propia historia. Sobre todo la parte de su vida con Yoko. Hay mucha belleza, y una voluntad de ser un mito, en su modo de haber dado una versión oficial de su vida. Si bien la mayoría de los hechos de la vida de Lennon están en este libro, todos ellos están sometidos a mi apreciación. Y si bien he tratado de acercarme lo más posible a lo que él podía pensar, sigue siendo una interpretación absolutamente libre. Interpretación siempre en movimiento. Por momentos no sé qué pienso de John Lennon. Sólo sé que me conmueve, que su música me acompaña todo el tiempo, y que lo admiro infinitamente. Sé que está en mi vida.

Introducción

Después de una infancia terrible, un baño precoz de inmensa celebridad, el encuentro decisivo con Yoko Ono, años de vagabundeos y de droga, John Lennon decidió interrumpir su carrera en 1975, a la edad de treinta y cinco años, para ocuparse de su hijo Sean. Durante cinco años, en Nueva York, vivió retirado de los medios y no sacó ningún disco. Fue en el curso de ese período cuando tuvo tiempo de reflexionar sobre la locura de su trayectoria. Así, las sesiones que siguen tuvieron lugar entre el 21 de septiembre de 1975 y el 7 de diciembre de 1980, víspera de su asesinato a manos de un desequilibrado.

Primera sesión

La última vez que me tumbé para hablar con un desconocido fue durante la Bed-In con Yoko. Una semana en cama por la Paz. La gente pensaba que nos verían hacer el amor, pero sólo queríamos hablar. Eso fue en... bueno, no soy muy de fiar para las fechas. Digamos en 1968. Fueron a vernos decenas de periodistas. Era otra época. No sé si todo eso habrá servido de algo. ¿Se logró algo más de paz? No era más estúpido que hacer una huelga de hambre. Simplemente cambiamos la posición de combate. Nuestra lucha era horizontal. Algunos dijeron que era pura megalomanía. Cantábamos «Give Peace a Chance», comprábamos páginas enteras en diarios de todo el mundo para poner fin a la guerra. Se nos reían en la cara, pero, a fin de cuentas, era la primera vez que se ponía la notoriedad al servicio del pacifismo. Y nuestra notoriedad no tenía precedentes en la escala de las notoriedades. No era posible no hacer uso de ella. Yo iba al baño a mear, y eso ya salía en los diarios. La paradoja es que la exposición brutal a la luz me permitió desaparecer más de una vez. Al volverme una imagen para todos, existía menos. Tantas veces me diluí en conceptos. Ahí, era el de John y Yoko. El de John y Yoko por la Paz. Fue la ausencia más visible que pudiera haber. Creo que nunca dejé de escapar de mí mismo, como si yo fuera una peste. Ya lo he dicho: una parte de mí mismo está persuadida de que soy un pobre diablo, y la otra piensa que soy Dios. Así que su trabajo no será fácil. Aun si creo que el que está acostado en este diván es el pobre diablo.

Debo confesarle que no estoy aquí por casualidad. Me condujo su mirada. Cuando me lo cruzo en el ascensor, usted tiene una forma extraña de mirarme. Una mirada absolutamente neutra. Es Suiza, su mirada. Desde los quince años todo el mundo me observa de modo raro. Ser yo significa no tener nunca a alguien normal enfrente. Se ve al Beatle, al militante político, al loco por Yoko, pero con usted no hay nada de eso. Es lo que me atrajo. Y además, el lado práctico: podré venir a verlo en pantuflas. Creerán que bajo la basura, pero vendré a vaciar mi propia basura. Para tener un consultorio aquí, usted debe de ser especialmente bueno. El Dakota no es un edificio más, es un refugio de millonarios. Que es lo que soy yo. Lo que seré siempre. Dije que éramos más populares que Jesucristo. Podría decir que soy más rico que Bangladesh. Es Yoko la que administra mi dinero, pero veo que nuestro apartamento se amplía más y más. Si seguimos así, terminaré yendo a cagar a Brooklyn... Perdón... Tengo un humor... En fin, ya verá... Bueno, comprendo: usted no habla. Es raro, habría jurado lo contrario. Tiene pinta de tener sus teorías. Quizás me las cuente después, ¿es así? Me hará una síntesis. Si tenemos tiempo. Con lo que yo he vivido, necesitaríamos por lo menos un siglo para este análisis. Un siglo incluyendo los días feriados.

Es un momento tan especial. Yoko está embarazada. Es un milagro después de tantos embarazos perdidos. Está embarazada de mi felicidad. Está embarazada de mi apaciguamiento. Cuento las horas, los minutos, los segundos. Es tan hermosa, redonda, y yo soy feliz en ese redondel. En fin, empiezo a ser feliz. Mis demonios me hacen cosquillas en los pies, pero los rechazo. Me da miedo también, esa felicidad que llega. No sé lo que hay que hacer cuando se es feliz. Quizás es eso lo que vengo a buscar aquí: el manual de uso de la felicidad. Es como si me la entregaran ahora, y yo la miro como se mira el sol. Con el temor de quemarse los ojos en el corazón del éxtasis.

No he conocido más que el espanto. Lo intenté todo para salir de él. La droga, mucha droga. Al comienzo, sólo fumábamos marihuana. Nos reíamos todo el tiempo. Tenía la impresión de viajar a la infancia, y hasta de descubrir, por fin, la infancia. Fumábamos desde que nos despertábamos por la mañana. En el estudio, nos escondíamos para que no nos viera George Martin, nuestro productor. Éramos como colegiales. Deberíamos habernos quedado en el humo. No habríamos debido seguir cavándonos la fosa. Pero, bueno, eso modificó completamente mi visión de las cosas, mi relación con la realidad. ¿Habría podido pasar, sin la droga, de «Love Me Do» a «I Am the Walrus»? No sé. Quizás todo estaba ahí, en mí. Quizás emborracharme con agua habría dado el mismo resultado. No puedo saberlo. Nadie puede dar marcha atrás en sus venas.

Hubo un breve período en que tomamos ácido, pero la verdadera revolución fue el LSD. La abertura de todas las puertas de la percepción. El mundo entero era diferente. Mi primera vez fue tan densa como un desvirgamiento. Un desvirgamiento mental. Nos había invitado a cenar nuestro dentista. Qué idea, hacerse amigo del dentista. Hay que desconfiar de los tipos que te meten la nariz en la boca. Fue él quien nos dio el LSD sin avisarnos. Creo que quería meternos en una especie de orgía. Todo el mundo quería acostarse con los Beatles. Al salir de su casa, subí al auto. Toda la noche vi Londres al revés. Era mágico. Entonces me enganché. Pero nunca pensé ni un solo segundo en hacer apología de la sustancia. Todo el mundo creyó que «*Lucy in the Sky with Diamonds*» quería decir LSD. Yo no podía creerlo. ¿Sería mi inconsciente? Después de esta historia, revisé las iniciales de todas mis canciones para buscar mensajes cifrados, pero no encontré nada, no había nada que encontrar. Nadie me creía cuando les decía que me había inspirado en un dibujo de mi hijo. De todos modos, siempre que quise desmentir algo, nadie me creyó. A Paul seguro que le habrían creído, con su cara de chico serio. Yo era

demasiado intelectual, demasiado perverso para que creyeran en la castidad de mi imaginación. Qué importa. Lo gracioso es que un investigador francés acababa de descubrir el esqueleto más antiguo del mundo. Y en el momento del descubrimiento ponían mi canción en la radio. Entonces lo llamó Lucy. Fuerte, ¿no? Eso es más fuerte que saber si la canción era o no era una oda a la droga.

En el fondo, ni yo mismo sé cuál es la verdad. Estaba tan mal en esa época. No sabía qué hacer para mejorar. Después aceleré el movimiento pasando a la heroína. Me sentía pésimo. Todo me impresionaba. Nadie puede imaginar hasta qué punto soy tímido. Se puede dar un concierto frente a cincuenta mil personas y tener un pánico atroz a hablarle a una mujer. No me soportaba. Y no estaba satisfecho con el grupo. Era como estar casado con los Beatles, y era un matrimonio que me asfixiaba. No se podía hablar. Cuando nuestro primer viaje a Estados Unidos, el mánager nos prohibió mencionar Vietnam. Quizás fue por eso que exploté después, y ahora no hablo más que de política. Me apretaron demasiado el bozal, los muy idiotas. Éramos cuatro chicos al viento, pero era un viento helado. Yo gritaba pidiendo auxilio, y la gente aplaudía. Era un animal asustado. Me sentía tan frágil, tenía la impresión de que todos se alejarían de mí. Tenía visiones de gente tomando trenes y aviones para alejarse lo más posible de mí. Siempre lamenté eso. Canté muchas veces que no quería que me abandonaran. Y lo haré también con usted, trataré de ser gracioso, de seducirlo, de hacer que me quiera para que no se vaya. Ya sé, es fácil de interpretar: tiene que ver con mis padres. Se separaron cuando yo era pequeño. No se necesita una sesión muy larga para comprender que mi vida es un intento incesante de probarle al mundo que valgo algo. Pero bueno... si mis padres hubieran seguido juntos, ¿qué habría pasado? Quizás yo habría sido feliz. Y habría sido dentista.

Para salir adelante, participé en toda clase de experiencias. Practiqué el grito primal. Se trataba de expulsar mediante gritos los dramas de la infancia. Siempre llorábamos durante las sesiones. Tenía la impresión de que funcionaba, pero tuve que convencerme de que no era así, porque el dolor volvía. El dolor no se toma vacaciones. El sufrimiento es una eternidad. Antes de los gritos, había probado el silencio. Ahora que lo pienso, veo que probé todo lo habido y por haber. Traté de salvarme por la meditación. Nos fuimos a la India con Maharishi, una suerte de gurú barbudo. Le hicimos una gran publicidad. ¿Se lo imagina? ¿Tener a los Beatles como discípulos? Estoy de vuelta de todo eso. El tipo estaba en su bungalow, como un pequeño pachá, con todos sus asistentes que no dejaban de hablar de los milagros que hacía. Corrían historias sobre cómo había tratado de acostarse con chicas, hasta de violarlas. Empezamos a tener dudas. Quise que él me diera una explicación, pero no sirvió de nada. De pronto vi en su mirada que se estaba burlando de nosotros. Esa decepción fue brutal, como un flechazo al revés. Vi en su mirada el odio que había en ese hombre. En el mismo momento, el mundo entero empezaba a ser zen. Y yo ya comprendía que el sueño que se iniciaba con un bienestar multicolor no podía durar. Sentí también hasta qué punto la busca de Dios era una idea para los débiles, y que al final de esa inspiración esperaba también el vacío. Regresé, sintiéndome miserable. Y fue la música la que me salvó. Volví con mis mejores canciones.

Así que ya ve, lo intenté. Y aquí estoy hablándole con toda la experiencia de mi amargura. ¡Me gustaría tanto poder descansar ahora! Quisiera quedarme en blanco. Cuando duermo, mis sueños tienen la descortesía de despertarme. Me persiguen recuerdos atroces. Los de mi infancia... y actos terribles... que cometí. Tuve tanta violencia en mí. Faltó poco para que matara con mis propias manos. Pero, bueno, no sé si puedo contarle así las miserias de mi ver-

dad. Quizás sí. Quizás es necesario que tome al fin ese camino. Es el momento.

Segunda sesión

Yoko dio a luz. ¿Se da cuenta? Soy padre. Y mi hijo... mi hijo Sean es un genio. Lo sé desde ya. Estuvo Mozart, estuvo Einstein, y ahora está Sean. Tuvo el buen gusto de nacer el día de mi cumpleaños, el día de mis treinta y cinco años. El 9 de octubre de 1975. El 9 es decididamente el número de mi vida. Nací el 9, conocí a Yoko un 9, y podría darle una decena de razones por las que estoy persuadido de vivir mi vida bajo la influencia de ese número. Apuesto a que moriré un 9. Es el número del fin del ciclo. El número que anuncia el comienzo de una era. Y es lo que ha pasado una vez más: el nacimiento de mi hijo viene acompañado de otra noticia luminosa. Mi abogado me dice que al fin podré ser ciudadano norteamericano. Después de tantos años de lucha con los servicios de inmigración, al fin me admiten. Tengo la impresión de encontrarme de pronto en el umbral de la vida normal. Y es lo que quiero, esa clase de vida. La quiero como loco. Quiero quedarme cerca de Sean. No hay nada más que importe. No hay más Beatles. No hay más música. No hay más Nixon. No hay más nada. Nos quedamos aquí, en la casa, gozamos del tiempo que pasa. Estoy a cuatro patas y tengo la impresión de estar corriendo.

Sé que recupero todo el tiempo que no pasé con Julian, mi primer hijo. Siempre, a lo largo de mi vida, fallé primero, para después hacerlo bien. Julian nació al mismo tiempo que yo nacía al mundo. Yo era un canalla, como todos los que triunfan. A los niños se los quiere de una manera diferente según el momento en que se los tiene. Quizás fue sólo eso. Cayó en mal momento. Y además, yo no sabía cómo

mo hacerlo, nunca había tenido padre, no tuve un modelo. Algunas veces quisiera reaccionar, hacer lo que entonces no supe hacer, pero ya no puedo. Pasé años sin verlo. No lo extrañaba. Estos últimos tiempos, vino a visitarnos. Pero yo no sabía muy bien qué hacer con él. Era incapaz del menor gesto de ternura. Veía sus ojitos que pedían algo, y eso me recordaba el modo patético en que yo había pedido el afecto de mi madre. Podría haberme conmovido, pero no, al contrario, me volvía violento. He llegado a ser malvado... Lo sé. Mi amor por él está impedido, es así. Entre los dos hay mundos enteros de aridez. Me doy cuenta perfectamente de que eso debe de ser más atroz aún con la llegada de Sean. Me ve loco de amor por un niño. Mientras que a él lo crié con el amor de una jeringa por una vena.

Mi encuentro con Yoko fue la anulación de mi vida anterior. Al besarla me volví amnésico. Julian perdió contornos. El fruto de una época que ya no existía en mi mente. Digo eso, trato de encontrar los motivos, pero quizás es ridículo reflexionar sobre los sentimientos. Pensar en lo que se siente o no se siente. Yo soy puro instinto. Siempre viví bajo el dictado de mi sensibilidad. Así que no me gusta poner palabras sobre el corazón que late. Quizás no hay nada que decir sobre la estrechez afectiva. Sus amigos psicólogos dicen que hay dos tipos de padres: los que reproducen los esquemas y los que los quiebran. Pues bien, yo soy todos los esquemas. He sido todo en mi vida, y así es también con la educación. A Sean lo rodeo de todo lo que yo no tuve nunca. Con Yoko, le damos un hogar estable, un amor solar. En cambio con Julian, reproduce. Le transmití las raíces de mi mal. Le di todo el sufrimiento que fue el mío. Reproduce los rechazos de los que fui víctima. ¿Es cierto que todo se juega antes de los cinco años? Si es cierto, entonces a mí me tocó la partitura del desastre.

La partitura de mi fragilidad.

Al comienzo mismo, oí el ruido de los bombardeos. Yo no vine al mundo. Vine al caos. Liverpool era el blanco de

las bombas alemanas. Todo lo que cuento es una mezcla de mis recuerdos, de lo que se contaba en mi familia, y quizás también de todos los comentarios que he leído sobre mi infancia. Soy tan famoso que mi vida pertenece a todos. Todo el mundo tiene su opinión sobre lo que he vivido. Hasta tal punto que a veces no estoy seguro de nada. Pero ahora, es diferente. Se olvidan un poco de mí y al fin me siento libre de viajar en mis recuerdos sin toda la carga de los otros. Puedo ver al niño John más de cerca. Puedo tomarle la mano.

El comienzo, entonces, es el ruido de las bombas. Viví toda mi vida con el miedo en el estómago. Seguramente fue el miedo de mi madre, cuando corrió en la noche para llegar al hospital. Estaba sola, porque yo tenía por padre a un marinero. Durante mucho tiempo encontré fabuloso ser hijo de un hombre que surcaba los mares. De niño, debí de convencerme de que era de los marineros que van a combatir a los piratas. Cuando crecí, supe que lo único que combatía era la miseria. Y que su papel en los barcos no era de los más gloriosos. Era camarero, y debía ayudar a lavar los platos. Pero recuerdo que cada una de sus apariciones era un acontecimiento fabuloso. Tan fabuloso como raro. No lo veíamos casi nunca. Desaparecía durante meses y meses. Estoy seguro de que eso lo hacía sufrir. Sobre todo el no ver a mi madre. Estaba loco por ella. Se habían conocido muy jóvenes, en una suerte de experimento de vida bohemia. Mi padre cantaba, mi madre tocaba el banjo. Podrían haber formado un dúo. Sus nombres en un gran cartel: Alfred y Julia. Eran dos *bons vivants*, y, cosa corriente, la vida no quiere a los *bons vivants*. No tuvieron la felicidad que habrían podido tener. Su historia no ha dejado de crear historias.

Creo que, como pasa más o menos con todos los ingleses, es probable que yo haya nacido de una botella de whisky. Huele a salida de sábado a la noche. Cuando mi madre quedó embarazada, mis padres tuvieron que tomar

la decisión de casarse. Había que despedirse de la bohemia. En mi familia materna —en fin, digo familia pero se trata más bien de una entidad seca obsesionada por la moral— no gustó la situación. Mi madre daba el toque final definitivo a su imagen de pequeña mala pécora. Era loca, era rebelde, pero nadie había pensado que llegaría hasta tal punto en la depravación. Un hijo prematrimonial con un proletario era algo que rozaba la deshonra. Para dar buena impresión, mi padre trató de ponerse el traje de hombre responsable. Pero no tardó en darse cuenta de que le quedaría grande. Jamás habría podido simular ser lo que no era. Era un buen actor, pero no sabía representar su propio papel. Ese fue el ambiente de mi vida de feto. Me habría gustado que me esperaran con sonrisas, pero mi llegada fue una fuente de angustias. Se terminó el canto, se terminó la diversión. Yo pesaba unos pocos gramos y ya era un peso inmenso. Y además, para no desentonar con esta linda mecánica del desencanto, habría que agregar una guerra mundial como telón de fondo.

Un edificio cerca del nuestro se derrumbó, con varios muertos. En el camino que me traía a la vida, me crucé con almas quemadas. Había que hacerlo rápido, no había tiempo para esperar las horas de trabajo necesario a todo parto. Todo el mundo sudaba, tratando de ver algo en la oscuridad. Para no correr riesgos, decidieron practicar una cesárea. Le dieron una inyección a mi madre, y salí de su vientre. Solté un grito. Mi primer grito. Nadie tuvo la buena idea de grabarlo. Hoy valdría una fortuna, ese grito. Yo medía unos centímetros, no era nada. Mi tía Mimí me dijo que de inmediato me pusieron debajo de la cama. Como si una cama pudiera atenuar el derrumbe de un techo. Pero nunca se sabía, todo temblaba, los objetos se caían de las estanterías, había que protegerme, y mi madre seguramente no se sentía con fuerzas para hacerlo. Era joven, era linda, seguramente había soñado algo mejor para el comienzo de su vida de mujer que estar ahí, en la sangre y la oscuridad,